

MATERIAL EXCLUSIVAMENTE
DE PROMOCIÓN



HEZBOLÁ

Las huellas en el mundo del partido de dios

MATTHEW LEVITT



HOJAS DEL SUR

Buenos Aires

www.hojasdelsur.com

Hezbolá: Las huellas en el mundo del partido de dios
Matthew Levitt

Editorial Hojas del Sur S.A.
Albarellos 3016
Buenos Aires, C1419FSU, Argentina
e-mail: info@hojasdelsur.com
www.hojasdelsur.com

Impreso en los talleres Del Reino Impresores S.R.L.
Cerrito 1169, Bernal Oeste, Buenos Aires, Argentina
Abril de 2015

©2015 Editorial Hojas del Sur S.A.

LIBRO DE EDICIÓN ARGENTINA

Todos los derechos reservados. No se permite la reproducción total o parcial, la distribución o la transformación de este libro, en ninguna forma o medio, ni el ejercicio de otras facultades reservadas sin el permiso previo y escrito del editor. Su infracción está penada por las leyes vigentes.

CAPÍTULO 4

Bombas en Buenos Aires

ERAN LAS 9:45 A.M., DEL 18 DE JULIO DE 1994, y Mónica Lucía Arnaudo se encontraba en la habitación de su apartamento, orientado a la calle Pasteur. Mientras miraba televisión, Mónica escuchó lo que parecía una aceleración, y luego una brusca frenada. “Escuché el chirrido de neumáticos”, como más tarde recordaría, “y poco después el ruido de un choque”. Se incorporó de la cama, oyó una gran explosión y sintió algo semejante “a arena y polvo” que entraba por las rendijas de la ventana. Eran las 9:53 a.m.

Lo que en realidad la señora Arnaudo sintió fue la onda expansiva y la caída de escombros producido por un coche bomba que acababa de volar el edificio de la Asociación Mutual Israelí Argentina (AMIA), justo en la vereda de enfrente de su apartamento: el centro para la comunidad judía más numerosa de América del Sur. La camioneta Renault Trafic blanca estaba cargada con más de 300 kilogramos de explosivos, un compuesto de nitrato de amonio, combinado con aluminio, un hidrocarburo pesado, TNT y nitroglicerina. La explosión mató a ochenta y cinco personas e hirió a más de ciento cincuenta. La fuerza de la explosión destruyó, de manera instantánea, 2000 metros cuadrados de los 4600 del edificio de la AMIA, con lo que mató instantáneamente a gran cantidad de personas y le obstruyó la salida de los escombros a muchas otras.

Durante las primeras cuarenta y ocho horas posteriores al atentado, los Estados Unidos enviaron trece investigadores del Equipo de Intervención Internacional (con sigla en inglés IRT) para colaborar en la investigación del atentado, entre quienes se entraban investigadores del FBI, expertos en explosivos de la Oficina de Alcohol, Tabaco, Armas de Fuego y Explosivos (con sigla en inglés ATF), así como agentes de Seguridad Diplomática del Departamento de Estado. El viernes

de aquella semana, el 22 de julio, la policía forense israelí, perteneciente a un equipo de Identificación de Víctimas de Catástrofes, arribó a Buenos Aires. Durante doce días, los miembros estadounidenses de IRT trabajaron a la par con la policía israelí y argentina, con la colaboración de equipos de respuesta a las emergencias, buscando cuidadosamente las piezas de la bomba, la camioneta y las víctimas entre los escombros.⁵ El atentado fue clasificado como homicidio doble agravado por su carácter de "delito racial o religioso", cuya finalidad era crear un "peligro público" y matar y herir a la mayor cantidad posible de personas.

En las semanas posteriores del atentado, la policía federal argentina reveló a la prensa el identikit del conductor suicida, confeccionado a partir del testimonio que incluyó una investigación puerta a puerta de los residentes de ese barrio, poco después del atentado. También se publicó un nuevo identikit de la persona que estacionó la camioneta usada en el atentado en un estacionamiento de la zona, tres días antes del ataque.

Sin embargo, aunque las autoridades realizaron los identikits rápidamente, y a pesar de ser útiles más tarde en la identificación definitiva de los atacantes como miembros de un equipo del Hezbolá, fue demasiado tarde para evitar que escapan del país. La red de soporte diplomático iraní abandonó el país divididos en varios grupos, durante las semanas previas al atentado.

La excepción fue Mohsen Rabbani, un iraní que vivió en Argentina durante once años. Rabbani, el autor principal del atentado contra la AMIA, supuestamente había llegado al país desde Irán con el expreso propósito de presidir la mezquita At-Tauhid en el barrio de Floresta, pero también sirvió como representante del Ministerio de Agricultura de Irán, con la tarea de verificar la calidad de la carne argentina exportada a Irán. Más tarde, los fiscales concluirían que Rabbani fue "la fuerza motriz detrás de estos esfuerzos [para establecer una red de inteligencia iraní en la Argentina] (...). Desde su llegada en 1983, Rabbani comenzó a sentar las bases que permitieron la posterior implementación y el desarrollo de una red espía [iraní]".

Rabbani nunca había viajado al exterior antes de esta misión, pero no tardó demasiado en establecerse como líder religioso en la comunidad musulmana local. Los puntos de vista políticos de Rabbani atravesaron sus actividades religiosas y políticas hasta el punto en que ciertos miembros de la congregación describieron sus actividades religiosas como una "máscara" usada para promover la revolución iraní y condenar al sionismo. Por ejemplo, según se dice, ciertos estudiantes en la mezquita les contaron a un miembro de la congregación que, en varias ocasiones, Rabbani los animaba a que "exportaran la revolución", pues enfatizaba el concepto de que "todos somos Hezbolá".

Era de amplio conocimiento, dentro de la comunidad musulmana local, que la red de seguidores que Rabbani había formado realizaba servicios de inteligencia para Irán; sus miembros eran comúnmente nombrados "las antenas". Rabbani utilizaba miembros de confianza de su red como observadores de objetivos potenciales, tanto judíos como estadounidenses. Algunos de ellos, como el agente de

BOMBAS EN BUENOS AIRES

inteligencia Mohammad Reza Javadi-Nia, llegaron al extremo de trabajar como chofer de taxi para llevar a cabo con más precisión las tareas de vigilancia e identificación, así como también las funciones de inteligencia asignadas por Rabbani.

Solo cuatro meses antes del atentado, Rabbani fue nombrado, de manera repentina, funcionario diplomático iraní y recibió, junto con el nombramiento, credenciales diplomáticas e inmunidad. En cuanto a los agentes que el Hezbolá envió para ejecutar el atentado, la ley argentina y los agentes de inteligencia más tarde concluirían que abandonaron el país cerca de dos horas antes de la explosión. Algunos de sus miembros, entre los que se encontraba el atacante suicida, entraron a la Argentina por la zona pobremente vigilada de la Triple Frontera, donde Argentina linda con Brasil y Paraguay. Otros, por su parte, llegaron a la Argentina —presumiblemente con pasaportes falsos— al Aeropuerto Internacional de Ezeiza en Buenos Aires, el 1 de julio de 1994, y abandonaron el país por el Aeropuerto Jorge Newbery, también en Buenos Aires, en un vuelo rumbo a la Triple Frontera. Tiempo después, los investigadores rastrearían llamadas telefónicas desde los teléfonos públicos en estos aeropuertos, como también llamadas desde teléfonos públicos cerca del edificio de la AMIA durante la estadía de estos agentes, a teléfonos celulares en Foz de Iguazú, en el lado brasilero del Puente de la Amistad sobre el río Paraná en la Triple Frontera. Desde Foz, como era de conocimiento en aquel lugar, una red de seguidores del Hezbolá coordinaron las actividades de los miembros de la célula terrorista en Buenos Aires. Las llamadas frecuentes realizadas por teléfonos en Argentina y los teléfonos celulares en Foz, como preparaciones para el atentado, progresaron. Luego, el día del ataque, el flujo de llamadas se detuvo inmediatamente.

Por último, las autoridades argentinas concluirían que “la decisión de llevar a cabo el atentado contra la AMIA fue realizada, como el ataque en sí, por altos funcionarios de la República Islámica de Irán; estos funcionarios instruyeron al Hezbolá libanés (...) para llevar a cabo el atentado”.

Desde su comienzo, la investigación argentina sobre el atentado contra la AMIA estuvo mal manejada. Años más tarde, el presidente Néstor Kirchner la describiría como una “desgracia nacional”. Las únicas personas condenadas por delitos relacionados con el ataque fueron algunos policías corruptos involucrados en la venta de la camioneta Renault Trafic usada para perpetrar el atentado. El juez José Galeano, designado como fiscal general en el caso AMIA, pero durante los primeros tiempos de la investigación también se mantuvo como juez en otros casos y solamente supervisaba el caso AMIA. Una vez que se dedicó plenamente a la investigación de la AMIA, fue atrapado intentado sobornar a un acusado —de quien también se creía que era un policía corrupto— para que acusara falsamente a otros oficiales de policía de haber participado del hecho. Esta y otras “irregularidades” lo llevaron a juicio político en diciembre de 2003 por mal desempeño y mala conducta como funcionario público. Cabe mencionar, entre otras irregularidades, la acusación del entonces presidente Carlos Saúl Menem de haber mantenido estrechos vínculos con la inteligencia iraní y de haber

HEZBOLÁ: LAS HUELLAS EN EL MUNDO DEL "PARTIDO DE DIOS"

aceptado un soborno de \$10 millones de dólares de Irán para cubrir el papel de la República Islámica en el atentado.

Finalmente, el juez Rodolfo Canicoba Corral se haría cargo del caso y asignaría un equipo de experimentados fiscales federales para seguir con la investigación. Dirigido por Alberto Nisman, el equipo volvería a investigar el ataque a la AMIA desde el comienzo, a pesar de haber transcurrido más de una década desde que fue perpetrado el atentado. La investigación, compuesta de cientos de archivos, produjo 113.600 páginas de documentación, utilizó escuchas telefónicas e incorporó material de la Secretaría de Inteligencia del Poder Ejecutivo (SIDE, antiguamente, Secretaría Federal de Inteligencia), organismo que recibió la orden de desclasificación por el entonces presidente Néstor Kirchner. Parte del material que los fiscales buscaban ya no se encontraba disponible, tales como los registros financieros destruidos por los bancos luego de diez años, como lo requiere la ley local. Otra información que los fiscales necesitaban, pero para su sorpresa y consternación, nunca fue conservada, como por ejemplo, los detalles de los registros de inmigración. Hasta 1996, todos los registros de inmigración eran registrados manualmente: un proceso burocrático lento. Como lo aseguraron fríamente los fiscales en su informe de 2006: "es bien sabido que en el momento del atentado contra la AMIA, el sistema de control migratorio sufría graves deficiencias".

Aunque se llegó a la conclusión de que las pruebas no eran suficientes para la formulación de cargos y el arresto de algunos individuos acusados por Galeano en marzo de 2003, los fiscales determinaron, en 2006, que existían sospechosos adicionales que debían ser acusados. Además, el informe de los fiscales reservó sus principales críticas en cuanto a los hallazgos de Galeano sobre Irán y el Hezbolá. Aunque Galeano sostuvo que el atentado contra la AMIA fue obra de "elementos radicalizados del régimen iraní", el equipo de Nisman concluyó que "la decisión de llevar a cabo el ataque no fue tomada por un pequeño grupo disidente de los funcionarios islámicos extremistas, sino que fue una decisión extensamente discutida y finalmente acordada por consenso por los representantes más importantes del gobierno iraní". En cuanto al papel del Hezbolá, el informe de Nisman fue aún más claro: "aunque el juez Galeano ha insistido en que no existía la necesidad de decidir si el Hezbolá era un 'movimiento terrorista que resiste la ocupación ilegal de Israel en el Líbano', es obvio para nosotros que la designación de 'movimiento terrorista' es la correcta".

Aunque el atentado contra la AMIA fue reivindicado por una entidad que usó un nombre asociado al Hezbolá, Galeano concluyó que "no existe aún evidencia para indicar que el Hezbolá haya conocido los planes, y como hecho subsecuente, haberse implicado en las consecuencias. Para ser justos, cierto material al que el equipo de Nisman tuvo acceso estuvo disponible solamente después de que Galeano se excusara del caso. Según algunos informes, las fallas en la investigación de Galeano fueron exacerbadas por la falta de colaboración, por parte de la SIDE, en compartir información clave relacionada con el ataque contra la AMIA, como

ciertos detalles sobre los vínculos entre los funcionarios iraníes sospechados de cumplir diversas tareas en el ataque. Entre este material se encontraban escuchas telefónicas, así como el análisis de redes sociales y de domicilios claves donde muchos de los sospechosos vivieron en un momento o en otro.

Sin embargo, la acusación de Galeano incluye información sustancial sobre el papel del Hezbolá en el atentado; Imad Mughniyeh es el nombre que aparece como el jefe de las operaciones internacionales del Hezbolá; así como también, partidarios de esta organización terrorista con base en la Triple Frontera. Después del atentado contra la embajada de Israel en Buenos Aires en 1992, por parte del Hezbolá, su papel en el atentado contra la AMIA no debería haber sido una sorpresa. De acuerdo con el FBI, en el verano de 1993, “gran cantidad de informes provenientes de diversas fuentes indicaban que el Hezbolá planeaba algún tipo de acto espectacular contra intereses occidentales, probablemente israelíes, pero también contra los Estados Unidos”.

El Hezbolá llega a América del Sur

Las primeras olas de inmigración desde el Líbano y Siria a América del Sur, particularmente a Argentina y Brasil, comenzaron en 1880. De acuerdo con registros de la Dirección de Inmigración Argentina, más de ochenta mil inmigrantes de países de habla árabe llegaron entre 1882 y 1925. La mayoría de estas personas eran consideradas “turcas”, porque provenían de países que pertenecían al ya menguante Imperio Otomano, cuyos documentos de identidad y viaje tenían también origen otomano. Las comunidades libanesas en América del Sur fueron testigos de otro flujo de inmigrantes durante la guerra civil libanesa, 1975–1990.

De acuerdo con un estudio dirigido por el Comando Especial de Operaciones de los Estados Unidos, los “clérigos del Hezbolá comenzaron a plantar agentes y a reclutar simpatizantes entre los inmigrantes árabes y musulmanes en la Triple Frontera en el momento más álgido de la guerra civil libanesa, a mediados de la década de 1980”. El resultado fue el establecimiento de células de naturaleza más formal en la región por encima de las redes, en comparación más amorfas, de individuos descendientes libaneses, particularmente, musulmanes chiitas, quienes brindaban cierto apoyo financiero al Hezbolá. Este factor fue una de las “oportunidades” por la cual Rabbani fue enviado a América del Sur en 1983.

De acuerdo con ciertos testigos, algunos militantes del Hezbolá ya conocidos en aquel entonces, se alojaron en mezquitas asociadas a Rabbani. Un ex “guerrero del Hezbolá”, que se alojó en las mezquitas de Cañuelas y en At-Tauhid, a principios de la década de 1990, parecía estar deprimido. De acuerdo con un empleado de la mezquita, este antiguo guerrero estaba disgustado porque nueve de sus diez hermanos habían muerto en combate, pero se le había negado la oportunidad de martirizarse. A la congregación le resultó extraña la estadía de ese extraño; hablaba solamente en árabe, y parecía muy débil.

Sin embargo, Buenos Aires fue siempre considerada la base de operaciones de Rabbani y no el centro de la red de apoyo del Hezbolá en la región. Esta distinción

es la que, hasta el presente, sostienen los miembros de las células del Hezbolá en la zona de la Triple Frontera, ubicada a más de 1200 km al norte de la capital argentina. La transformación del área de Triple Frontera, que una vez fue una zona estancada, en un centro de actividad económica, comenzó a principios de la década de 1970, cuando Brasil y Paraguay llegaron a un acuerdo para construir la represa hidroeléctrica de Itaipú. En esa misma época, varios países de América del Sur formaron el Mercado Común del Sur (Mercosur), mediante el cual se crearon diversas zonas de libre comercio, entre las cuales se encontraba Ciudad del Este. Esta ciudad ya era la segunda ciudad más importante de Paraguay, y creció rápidamente para convertirse en el centro comercial más grande de América del Sur.

Ubicada entre Brasil y Argentina, Ciudad del Este ha sido descrita como “Las Naciones Unidas del deleito”, un “centro para los forajidos del mundo”, un “refugio seguro para los terroristas” y la capital de la falsificación, donde “casi todo lo que no es biodegradable es falso”. El informe anual del Departamento de Estado del año 2009 sobre terrorismo global, resumió las preocupaciones sobre los partidarios del terrorismo y sobre una floreciente economía de mercado negro ubicada en el área de la Triple Frontera. Los partidarios del terrorismo “se benefician de las normativas laxas” en la zona de la Triple Frontera “para participar de una amplia gama de actividades ilícitas”, declaró el Departamento de Estado, “tales como el tráfico de armas y drogas, la falsificación de documentos, el lavado de dinero, el tráfico de personas; así como también, la elaboración y circulación de productos de contrabando a través de Triple Frontera”.

A medida que la comunidad musulmana crecía en esta zona, también creció la necesidad de tener instituciones educacionales, culturales y religiosas. A tal fin, fue construida una institución de este tipo, la mezquita Profeta Mahoma, en Ciudad del Este, por un prominente miembro de la comunidad árabe local, Mohammad Yousef Abdallah, quien para ese entonces residía en Ciudad del Este desde julio de 1980. De acuerdo con los agentes de inteligencia argentinos, Abdallah fue uno de los primeros miembros del Hezbolá en instalarse en la Triple Frontera, aunque en aquel momento este hecho no era de conocimiento para los investigadores. Cuatro años más tarde, en abril de 1984, la policía federal argentina detectaría los primeros indicios de una red del Hezbolá en el área de la Triple Frontera. A mediados del año 2000, los expertos calcularon que el número de agentes del Hezbolá que vivían y trabajaban en la zona de la Triple Frontera llegó a varios centenares. Se cree que el número de simpatizantes o partidarios, que no son agentes entrenados o miembros del grupo oficial, sino que brindan servicios o apoyo —quienes presentan más que una afinidad general o que buscan mejorar el destino de sus familias en el Líbano— es mucho mayor.

El núcleo del Hezbolá en la Triple Frontera

Los primeros informes de la inteligencia argentina, luego del atentado contra la AMIA, aseguraron que los “principales activistas” sospechados de ser miembros de una organización terrorista islámica incluían a Mohammad Youssef Abdallah,

BOMBAS EN BUENOS AIRES

Farouk Abdul Omairi y Samuel Salman El Reda, entre otros. La investigación sobre el atentado contra la AMIA, a medida que avanzaba, se orientó a indagar sobre estos tres agentes del Hezbolá.

Un memorándum de 1999, emitido por un tribunal de distrito de los Estados Unidos sobre un terrorista del Hezbolá, reveló que el FBI había utilizado un informante confidencial —un inmigrante libanés— en la zona de la Triple Frontera. De acuerdo con este informante, Mohammad Abdallah era considerado el “líder principal del Hezbolá en la región”; en tanto su hermano, Adnan Yousef Abdallah, trabajaba como subjefe. Como la “segunda figura más importante del Hezbolá en esta región”, informó el FBI; Adnan “supervisa las actividades extremistas clandestinas del clan Abdallah”. Mucho tiempo después, en diciembre de 2006, el gobierno de los Estados Unidos identificaría públicamente a Mohammad Abdallah como un terrorista del Hezbolá.

De acuerdo con la inteligencia argentina y los informes de testigos protegidos, Farouk Omairi mantenía un contacto regular con la embajada iraní en Buenos Aires y con la mezquita At-Tauhid, donde Omairi viviría durante un breve lapso de tiempo. Junto con su socio comercial, Mohammad Abdallah, estaba estrechamente vinculado con la mezquita Husseinia y con la Asociación de Caridad Islámica. Los fiscales estaban especialmente interesados en los contactos de Omairi con el recientemente nombrado diplomático, Mohsen Rabbani. Con el tiempo, estas conexiones serían utilizadas por Rabbani para ayudar en la ejecución del atentado contra la AMIA, como quedó demostrado en las llamadas telefónicas rastreadas desde una agencia de turismo cuyos dueños eran Omairi y Abdallah: Piloto Turismo. Los agentes de inteligencia determinarían, tiempo después, que Piloto Turismo no era solamente un negocio que brindaba una conveniente cobertura para la conducta ilícita, sino que fue abierto con fondos provistos por el Hezbolá y era una explícita empresa pantalla del Hezbolá.

Con una posición singular para brindar cobertura a una gran cantidad de actividades ilícitas, las agencias de viajes como Piloto Turismo ayudaban a diversos agentes terroristas a obtener diversos documentos falsos, tales como pasaportes y papeles de residencia falsificados. Este hecho posicionó a las agencias de turismo como puntos de contacto para los individuos en el exterior, especialmente en el Líbano y en otros lugares del Medio Oriente, que necesitaban entrar a la zona de la Triple Frontera sin ser descubiertos. Como empresas con gran caudal de dinero, las agencias de viajes también servían como agencias clandestinas de cambio y servicio de envío de dinero. A medida que las investigaciones progresaban, las autoridades judiciales argentinas hallaron rápidamente casos adicionales que corroboraron sus primeros hallazgos. Por ejemplo, la oficina de la Interpol en Brasil informó que las comunidades de inmigrantes de Oriente Medio en Foz de Iguazú y Ciudad del Este parecen haber tenido vínculos tanto con el Hezbolá como con los extremistas palestinos.

El resultado de estas actividades fue que el Hezbolá construyó redes formales e informales de apoyo en la zona de la Triple Frontera, un proceso que resultó

HEZBOLÁ: LAS HUELLAS EN EL MUNDO DEL "PARTIDO DE DIOS"

sencillo gracias a las grandes poblaciones libanesas y chiitas. Ocultos a plena vista, los agentes del Hezbolá, cuya llegada fue facilitada por Piloto Turismo y otras agencias de turismo, se encontraron en un escenario ideal de operaciones para recaudar fondos, brindar apoyo logístico y participar en actividades operacionales en la región. Esto incluía, de acuerdo con un testigo protegido, la formación de células "dormidas" que operaban bajo estrictas guías de seguridad, de modo que los miembros de una célula no sabían de la existencia de los miembros de otra célula. Para evitar llamar la atención, se cree que estos individuos se instalaban en el lugar y trabajaban con amigos y parientes en Ciudad del Este, donde usaron negocios, escuelas y mezquitas para establecer un nuevo y firme marco legal para sus actividades ilícitas.

Luego del ataque contra la AMIA, Omairi inauguró otra agencia de viajes que operó durante un lapso de tiempo, antes de que las autoridades lo arrestaran, junto con su hijo, acusados de usar la agencia de turismo y el negocio de cambio de divisas para falsificar documentos y lavar dinero proveniente del narcotráfico. Los arrestos fueron el resultado de una investigación antinarcoóticos de la policía federal de Brasil en 2006, llamada "Operación Camello", mediante la cual se determinó que Omairi brindaba apoyo de transporte para personas llamadas "mulas transportadoras de droga" para trasladar cocaína para la obtención ilegal de ciudadanía brasileña. Los arrestos tuvieron lugar cuando el Departamento del Tesoro de los Estados Unidos identificó a Omairi y Abdallah como agentes del Hezbolá. Omairi, afirmó el Tesoro, operaba como coordinador regional para el Hezbolá en relación al suministro de documentación falsa, tanto brasileña como paraguaya, con lo cual ayudaba en la obtención ilegal de la ciudadanía brasileña. También estuvo involucrado en operaciones de narcotráfico entre Sudamérica, Europa y el Medio Oriente. Omairi y Abdallah eran piezas claves de "la red Barakat" en el área de la Triple Frontera; el alcance del apoyo de la red de apoyo al Hezbolá era asombroso. La función de Abdallah incluía el transporte de dinero, recaudado en la región, para el Hezbolá en el Líbano, donde se reunía con altos funcionarios del Hezbolá y miembros de la división de seguridad de esta organización, como lo reveló el Tesoro. En ocasiones, el dinero viajaba en la dirección inversa, pues el Hezbolá enviaba de regreso a Abdallah con fondos que tenían como destino el apoyo financiero de la red del Hezbolá en la zona de la Triple Frontera.

Como representante personal del líder del Hezbolá en la zona de la Triple Frontera, jeque Hassan Nasrallah, Assad Ahmad Barakat exigía respeto. Se cree que incluso en 2001, viajaba anualmente al Líbano e Irán, donde se reunía con Nasrallah y Fadlallah. Este hecho demostró ser importante para mantener la unidad entre los partidarios del Hezbolá en la Triple Frontera, algunos de los cuales, como Barakat, tenían estrechos vínculos con Nasrallah, mientras que otros, como Abdallah, tenían más vínculos con Fadlallah. (El primo de Abdallah era el vocero de Fadlallah). En momentos cuando los dos líderes del Hezbolá en Beirut pugnaban por obtener el liderazgo del grupo, surgirían rápidamente tensiones que viajarían a través de los husos horarios y los océanos hasta llegar a sus respectivos

BOMBAS EN BUENOS AIRES

simpatizantes en América del Sur. A finales de la década de 1990, por ejemplo, las tensiones crecieron a tal punto que un miembro de la red del Hezbolá con lazos comerciales y familiares, tanto con los clanes Abdallah y Barakat, Hussein Ali Hmaid, sirvió como intermediario entre los dos clanes rivales. Para demostrar el gran respeto que sentía el liderazgo del Hezbolá en el Líbano por su red de apoyo en la Triple Frontera, y con el objetivo de incentivar la unidad con la comunidad local del Hezbolá, se cree que Fadlallah viajó a Ciudad del Este, en 1994, con pasaporte iraní donde figuraba con otro nombre, para bendecir la mezquita Profeta Mahoma que poseía y dirigía Abdallah.

Barakat llegó por primera vez a Paraguay con su padre, ex chofer de un político libanés, en el año 1985. Con solo dieciocho años de edad, Barakat pronto se convirtió en un prominente hombre de negocios dentro de la comunidad libanesa en Ciudad del Este. Igual que muchos otros partidarios del Hezbolá, Barakat vivió, en principio, en el lado del Puente de la Amistad, en Foz de Iguazú, y cruzaba con mucha asiduidad para atender sus negocios en Ciudad del Este. Entre sus negocios se encontraban una tienda mayorista de electrodomésticos, Casa Apollo, ubicado en la Galería Page, la cual fue identificada por las autoridades como una “pantalla para la recaudación de dinero destinada a las actividades del Hezbolá y como un medio para transferir información a los agentes de esta organización”. Utilizó, asimismo, otra de sus empresas, Barakat Import Export Ltd., para recaudar dinero para el Hezbolá “mediante la hipoteca de la empresa, a fin de obtener un préstamo del banco a través de un esquema fraudulento”. El alcance de la actividad delictiva de Barakat en apoyo al Hezbolá era impactante. Desde distribuir y vender dólares estadounidenses falsos hasta obligar a los comerciantes locales para que donaran dinero al Hezbolá, Barakat fue acusado por el Departamento de Tesoro de “participar en todo tipo de actividad financiera delictiva” para generar fondos para la organización terrorista.

“Barakat es más que un financista”, explicó un investigador paraguayo. De acuerdo con las autoridades argentinas, Barakat era miembro del ala terrorista de la Organización Yihad Islámica (IJO). Tanto él, como su red, recolectaban información confidencial de las actividades de otros árabes en el área de la Triple Frontera, entre los que se incluían aquellos que viajaban a los Estados Unidos o Israel. Esto era de especial interés para el grupo, información que transmitió debidamente al Departamento de Asuntos Internacionales del Hezbolá en el Líbano. Aun en su papel de recaudador de fondos, las tácticas mafiosas de Barakat dejaban ver que no era un simple recaudador. Sus amenazas a los comerciantes del lugar es un buen lugar para comentar: en vez de amenazar directamente a los comerciantes, Barakat los decía que sus familiares en el Líbano integrarían la “lista negra del Hezbolá” si no pagaban su cuota al Hezbolá, a través de Barakat.

Los residentes sabían que debían tomar seriamente sus amenazas. En el otoño del 2000, se cree que Barakat asistió a una reunión donde miembros del Hezbolá en la zona de la Triple Frontera analizaban amenazar a israelíes y antiguos miembros del recientemente disuelto Ejército del Sur del Líbano (con sigla en inglés SLA).

HEZBOLÁ: LAS HUELLAS EN EL MUNDO DEL "PARTIDO DE DIOS"

Un año y medio más tarde, Michael Youssef Nasser, ex miembro de SLA y primo del comandante de SLA, Ejército del Sur del Líbano, fue asesinado en San Pablo, asesinato que fue cuidadosamente planeado. Aunque el caso nunca quedó resuelto, no sería de sorprender que las sospechas apuntaran al Hezbolá. Debido a su historia y vínculos personales, la participación de Barakat en discusiones sobre actividades violentas no es una excepción. Algunos funcionarios judiciales, por ejemplo, sostienen que era un "estrecho colaborador" del secuestrador del Hezbolá Mohammad Ali Hamadi, quien participó en el secuestro del vuelo 847 de TWA, en 1985, y quien asesinó al buzo de la Marina de los Estados Unidos Robert Dean Stethem.

El día posterior a los ataques del 11 de septiembre, un equipo SWAT llegó a la Galería Page en Ciudad del Este e hizo una redada a la tienda de electrodomésticos de Assad Barakat, Casa Apollo. O bien Barakat había salido a causa de sus negocios o, de acuerdo con un relato, había huido a su casa en Foz de Iguazú, sobre la frontera de Brasil. En cualquier caso, mientras escapaba de la captura, dos de sus empleados fueron arrestados y su tienda cerrada. Entre los artículos hallados en esta búsqueda inicial, se encontró una carta del Hezbolá acusando recibo por \$3.535.149 de Barakat en el año 2000. Un mes más tarde, durante una segunda redada a la Casa Apollo con treinta policías enmascarados paraguayos de la policía antiterrorismo de Paraguay, se hallaron más documentos incriminatorios, junto con videos y archivos electrónicos, lo que dio por resultado el arresto del asistente ejecutivo de Barakat, Sobhi Fayyad.

Los investigadores hallaron cientos de recibos, la mayoría de la Fundación de Mártires del Hezbolá. "El dinero está destinado a la caridad", explicó el director de la unidad antiterrorista de Paraguay "y la Fundación para los Mártires está dirigida por Nasrallah, de modo que todo es obviamente sospechoso". En el año 2003, los investigadores afirmaron lo siguiente: "creemos que [Barakat] envió alrededor de cincuenta millones al Hezbolá a partir del año 1995". Sin embargo, una carta en particular, firmada por "hermano Hassan Nasrallah", fue especialmente incriminatoria. En ella, el líder del Hezbolá le expresa su gratitud a Barakat por su colaboración con el "programa de protección para los hermanos y mártires".

Los videos, cerca de sesenta, incluían filmaciones de militantes y discursos que incitaban a la lucha armada y a la revolución, donde se [argumentaba] que era mejor morir y convertirse en mártir antes de vivir sujetos a los caprichos de Israel y de los Estados Unidos". En una computadora incautada, la policía descubrió un video de operaciones militares del Hezbolá, donde se encontraban operativos de explosión de bombas y las consiguientes muertes. Otro archivo detallaba las "órdenes militares del Hezbolá para cada ciudad y aldea en el sur del Líbano". Cuando finalmente fue detenido e interrogado, Barakat trivializó la importancia del material encontrado, pues aseguró que solamente apoyaba organizaciones benéficas del Líbano y coleccionaba videos que estaban disponibles en la estación televisiva Al-Manar, perteneciente al Hezbolá. Las autoridades no creyeron que su declaración fuera convincente, dado la atención a sus actividades en otros lados del mundo.

BOMBAS EN BUENOS AIRES

Barakat extendió sus actividades más allá de la Triple Frontera, pues inició un negocio de importación y exportación que lo condujo hacia otras zonas de libre comercio, como Iquique, Chile, donde las autoridades observaron que Barakat, Mohammad Abdallah, y otros miembros de su clan abrieron compañías de importación-exportación, llevaban a cabo largas reuniones y participaban en actividades sospechosas. En paralelo a la investigación paraguaya sobre las actividades financieras ilícitas de Barabak y sus lazos con el Hezbolá, el Ministerio del Interior de Chile comenzó una investigación sobre lo que sospechaba era una “asociación ilícita con el fin de cometer actos terroristas”. Las actividades financieras de Barakat en Chile, creían los investigadores, eran una extensión de su esquema con base en Paraguay, las cuales estaban orientadas al apoyo financiero de “parientes caídos en actos terroristas y el fortalecimiento económico el Hezbolá”. De acuerdo con la inteligencia chilena, en marzo de 2001, Barakat creó dos empresas ficticias en Iquique llamadas Saleh Trading Limitada y Barakat Limitada, con el propósito de lavar dinero adquirido a través de sus empresas delictivas en Ciudad del Este, Paraguay.

Los lazos comerciales de Barakat se extendían desde Miami hasta Nueva York, donde se supone que se habían establecido como pantallas para recibir envíos internacionales que podían ser exportados nuevamente a la zona de la Triple Frontera. Barakat, con un visado de entradas múltiples para entrar a los Estados Unidos, reconoció haber realizado media docena de viajes a los Estados Unidos. Aunque, en teoría, podría haber entrado a los Estados Unidos con documentos falsos, del tipo de los que su red parecía producir, el último sello de entrada a los Estados Unidos en el pasaporte paraguayo de Barakat está datado en abril de 2001, cuando visitó Miami. La visa, según se informó, fue revocada un año después cuando “su nombre apareció en la lista de sospechosos de terrorismo del Departamento de Estado de los Estados Unidos”.

Como resultado de las pruebas reunidas durante las redadas de 2001 en la tienda de Barakat, la policía brasileña finalmente arrestó a Barakat en junio del 2002, acusado de evasión de impuestos, justo cuando Barakat trazaba planes para huir a Angola. El arresto apuntó a un líder de la mezquita Husseinia Iman Al-Khomeini en Foz, donde Barakat había servido como subdirector financiero, además de la prohibición de todos los miembros, que no pertenecían al Hezbolá, de asistir a los servicios. Con respecto a los planes de Barakat en África, estaban lejos de ser originales. De acuerdo con la policía brasileña, los cómplices del Hezbolá eran conocidos por viajar a África con pasaportes paraguayos falsos, del tipo de los que producía la red de Barakat.

Mientras Barakat permanecía en una cárcel de Brasilia, los investigadores descubrieron pruebas de que su red tenía vínculos con magnates de la mafia de Hong Kong para recibir y distribuir una gran variedad de productos pirateados, entre los que se encontraban copias de muñecas *Barbie* y otros juguetes. Las redadas de contenedores confirmaron que contenían mercancías valuadas en medio millón de dólares, hecho que condujo a los fiscales a agregar a las acusaciones

contra Barakat el delito de falsificación de marcas comerciales. Los problemas legales de Barakat empeoraron en mayo de 2003, cuando los fiscales argentinos emitieron órdenes de arresto para Barakat por su rol en el atentado contra la embajada de Israel en Buenos Aires, en 1992, así como por el atentado contra la AMIA, en 1994. Finalmente, en noviembre de 2003, Barakat fue extraditado a Paraguay. Fue condenado por evasión de impuestos y sentenciado a cumplir una condena de seis años y medio. En 2007, también perdió su ciudadanía debido a la evidencia de que operaba como un "agente financiero" del Hezbolá.

La red de Barakat continuó activa, sin embargo, con lo cual el Departamento del Tesoro de los Estados Unidos añadió Assad Barakat y a sus dos empresas — Casa Apollo en Paraguay y Barakat Import Export Ltd. en Chile— a la lista de entidades Terroristas Globales Especialmente Designadas. Al identificar un "financista terrorista clave", la designación del Tesoro tenía como propósito quebrar la red de Barakat al negarles el acceso a sus exportadores con base en los Estados Unidos, además de presionar a los gobiernos locales para iniciar acciones contra esta red terrorista criminal híbrida, además de dejar en claro que esta red estaba en la mira del gobierno de los Estados Unidos. Al "sacudir el árbol", como se refieren los funcionarios del poder judicial, los delincuentes deben buscar a otros agentes para que evitar convertirse en blancos de los investigadores y finalmente revelen información si las autoridades están lo adecuadamente preparadas para observar la reacción de los miembros de la red criminal ante cualquier acción pública.

Y así lo hicieron. Numerosos miembros de la red del Hezbolá salieron a escena para asumir su responsabilidad por diversas actividades, desde recaudar dinero mediante la presión hasta extorsionar a empresarios con un estilo mafioso, además de llevar a cabo tareas de contrainteligencia y supervisar actividades de falsificación de divisas, narcotráfico, entre otras. Dos de los hermanos de Assad Barakat Hamzi y Hatim se pusieron al frente de la Galería Page, así como de sus actividades comerciales en Chile. Su primo Muhammad asumió la responsabilidad sobre la totalidad de las finanzas de la red de Barakat en el área de la Triple Frontera, recolectó fondos para el Hezbolá y coordinó la transferencia de fondos para Oriente Próximo. El sucesor de Barakat, como líder de la red del Hezbolá en la Triple Frontera, Ali Muhammad Kazan, también ayudó a supervisar las actividades de contrainteligencia en la región. Muhammad Chamas y Saleh Fayyad actuaron como agentes de contrainteligencia, ya que brindaban "información de seguridad" a los residentes locales. Chamas, quien era también el secretario privado de Mohammad Abdallah, mantenía contacto diario con los funcionarios del Hezbolá en el Líbano y en Irán. Mientras tanto, el asistente de Assad Barakat, Sobhi Fayyad, operaba como vínculo entre la comunidad local del Hezbolá con la embajada iraní en Buenos Aires, se reunía con líderes de Hezbolá en el Líbano e Irán y era un agente "profesional" del Hezbolá, pues había recibido entrenamiento militar en los campos de Irán y el Líbano.

La historia de la Galería Page en Ciudad del Este, la cual Abdallah y los miembros de la red de Barakat compartían con otros agentes del Hezbolá, fue

descripta por el personal de las fuerzas de seguridad argentina como “el puesto de mando regional del Hezbolá”. Este centro de compras, como concluyó el Departamento del Tesoro de los Estados Unidos, “es considerado el cuartel general de los miembros del Hezbolá en la Triple Frontera”. Mohammed Abdallah no solamente mantenía vínculos con altos funcionarios del Hezbolá y se reunía con la división de seguridad del Hezbolá, de acuerdo con el gobierno de los Estados Unidos, sino también coordinaba las operaciones diarias en la Galería Page y pagaba una cuota periódica al Hezbolá a partir de las ganancias obtenidas de este centro comercial.

Coordinación de las células dormidas

De acuerdo con registros de llamadas telefónicas obtenidas por la inteligencia argentina, en otoño de 1993, Assad Barakat se mantenía en contacto con Samuel Salman El Reda, un “contacto del Hezbolá”, quien vivió en Foz, pero también vivió en Buenos Aires alrededor de siete años antes del atentado contra la AMIA. En base a los registros de llamadas telefónicas y al testimonio protegido de un agente del Hezbolá, referido en el caso AMIA como “Testigo A”, las autoridades relacionaron pruebas que indicaban que El Reda era “un miembro activo del Hezbolá”, que coordinó las actividades del ataque del Hezbolá en Buenos Aires y, a su vez, mantuvo contacto con los líderes del Hezbolá en el Líbano y con el comando de operaciones logísticas en el área de la Triple Frontera.

El Reda, como concluyeron los fiscales, “fue el coordinador de las células dormidas [del Hezbolá]” en Buenos Aires y en el área de la Triple Frontera.⁸⁵ Mientras el complot contra la AMIA tomaba forma, El Reda y Assad Barakat mantuvieron estrecho contacto. Los investigadores rastrearon llamadas telefónicas adicionales entre los dos en enero y junio de 1994. Los investigadores determinaron que fue durante el período 1994-95 que El Reda se instaló en Foz “desde donde brindó todo el apoyo necesario para perpetrar el ataque terrorista contra el edificio de [la AMIA]”.

Samuel El Reda fue el primer elemento radical dentro de la comunidad extremista y pro iraní ligado a Mohsen Rabbani y a la mezquita At-Tauhid. Ciudadano libanés nacido en San Andrés, Colombia, se cree que El Reda abandonó Colombia luego de una “gran pelea callejera” que dejó un saldo de dos muertos. Se trasladó a Argentina en 1987, siete años antes del atentado contra la AMIA y dos años más tarde contrajo matrimonio con Silvina Gabriela Sain, una mujer argentina de familia libanesa. Luego de un breve regreso a Colombia, El Reda trasladó su familia a la zona de la Triple Frontera en septiembre de 1992, donde vivió del lado brasileño del puente. El Reda viajaba diariamente a su trabajo en Ciudad del Este, ubicado en una tienda en la Galería Page. Mientras vivió en el área de la Triple Frontera, se ganó la reputación de “árabe mafioso” y miembro del Hezbolá.

El hermano de El Reda contrajo matrimonio con la hermana de Sain y también eran seguidores de Rabbani. Las hermanas, descritas por las autoridades como “militantes islámicas fanáticas”, ambas miembros activos en la mezquita

At-Tauhid, donde trabajaban con Rabbani. Durante esta época, se cree que El Reda regresó al Líbano en una ocasión más, donde combatió para el Hezbolá en el sur.

En Buenos Aires, las amistades de Aires El Reda con personajes como Mohsen Rabbani y Mohammed Reza Javadi-Nia ayudaron a los investigadores a concluir que estaba involucrado con el "núcleo más radical" dentro de la comunidad local musulmana en Buenos Aires. De acuerdo con los investigadores, las llamadas telefónicas, como las detectadas en la casa El Reda en Foz con la mezquita At-Tauhid, el 26 de mayo de 1994, subrayan el vínculo de El Reda con Rabbani en el período previo al atentado contra la AMIA. Por su parte, tanto antes como después del ataque, Rabbani estuvo en contacto con gran variedad de personalidades vinculadas al Hezbolá, entre quienes se encontraban el secretario en Beirut, el jeque Mohammad Hussein Fadlallah, de acuerdo con una llamada del 3 de abril de 1992. El 2 de agosto de 1994, solo dos semanas después del atentado, Rabbani se reunió con un ciudadano brasileño y sospechoso de ser una agente del Hezbolá, llamado Ghazi Iskhandar. Según se cree, Iskhandar provenía de la zona de la Triple Frontera, y su nombre fue encontrado en una agenda de Bassem Harakeh, quien fue descrito por las autoridades como un "terrorista del Hezbolá", detenido en Noruega en el pasado.

Conspiración para el atentado contra la AMIA

Tiempo después del atentado, el Hezbolá vincularía este ataque con la captura del activista del Hezbolá Mustafa Dirani por comandos israelíes. Sin embargo, en mayo de 1993 —un año antes de la captura de Dirani por comandos israelíes—, así como en noviembre de 1993, Rabbani visitó varios concesionarios de automóviles, interesado en la compra de una camioneta Renault Trafic, según afirma la inteligencia argentina. La compra no se realizó en aquel momento, aunque las autoridades comenzaron a sospechar cuando descubrieron que Rabbani había relatado una historia diferente a cada vendedor que lo atendió. Más tarde, durante una entrevista televisiva posterior al atentado, Rabbani negaría haber averiguado sobre la compra de una camioneta, pues insistió que buscaba un auto más lujoso, a pesar de los testimonios de varios vendedores de autos en numerosos concesionarios.

Una posterior investigación revelaría una fecha de inicio mucho más antigua del trabajo de campo para llevar a cabo el atentado, por parte de Rabbani. Desde el momento en que llegó a la Argentina, en 1983, como descubrieron los investigadores, Rabbani reclutó individuos de la milicia chiita para que lo asesoraran en cuanto a blancos judíos y estadounidenses en la ciudad, con lo que sentó la base para la vigilancia y los informes sobre posibles blancos que luego Rabbani elaboró y transmitió a altos funcionarios de inteligencia en Irán. De acuerdo con los fiscales, los informes de inspección de Rabbani demostrarían ser "un factor determinante para la decisión de llevar a cabo el atentado contra la AMIA".

Con los informes de Rabbani en su poder, los altos funcionarios iraníes reunidos en Mashhad, en el noroeste de Irán, seleccionarían al edificio de la AMIA de una lista de objetivos potenciales, hecho que ocurrió el 14 de agosto de 1993.

Como lo observaron los fiscales, el testimonio que corrobora esta reunión, por parte del desertor de inteligencia Abolghasem Mesbahi, fue particularmente útil, “en virtud de su trabajo en [el Ministerio de Inteligencia y Seguridad de Irán, MOIS], su participación en operaciones similares a la naturaleza del atentado contra la AMIA y su estrecha vinculación con el segundo en jefe del [MOIS] Said Eslami”. En la época de la reunión de agosto de 1993, los informes de inteligencia indicaron que el Hezbolá “planeaba alguna clase de acto espectacular contra los intereses occidentales, probablemente israelíes, pero tal vez en contra de los Estados Unidos”.

Un subgrupo del Consejo Supremo de Seguridad Nacional de Irán, el Comité para las Operaciones Especiales, tomó la decisión final de aprobar el atentado. Se cree que en esa reunión se encontraban reunidos el líder supremo Ali Jomenei, el entonces presidente Rafsanyaní, el ministro de inteligencia Ali Fallahian y el ministro de asuntos exteriores, Ali Velayati. También se entraban presentes, como enviados desde de la Argentina, Mohsen Rabbani y Ahmad Asghari, este último, sospechado de ser un funcionario de Cuerpos de la Guardia Revolucionaria Islámica (con sigla en inglés IRGC), quien se encontraba en la embajada de Irán en Buenos Aires bajo cobertura diplomática, cuyo nombre real, de acuerdo con Abolghasem Mesbahi, era Mohsen Randjbaran. Con conocimiento directo y gran experiencia, Rabbani y Asghari estuvieron presentes para asesorar al comité sobre la selección del objetivo, la red de apoyo logística y de inteligencia, así como el escenario político argentino y la seguridad en este país.

De acuerdo con la inteligencia argentina, una vez que el comité tomó su decisión, el líder supremo Jomeini emitió un edicto religioso “una fetua” mediante el cual santificó la operación y la calificó como un deber sagrado que tenía como objetivo exportar la revolución. Ali Fallahian, jefe de inteligencia, recibió la responsabilidad general operacional del ataque, mientras que el comandante de la Fuerza Qods, Ahmad Vahidi, recibió la orden de proveer cualquier tipo de ayuda. Bajo la dirección de Fallahian, se llevaron a cabo tres tareas claves, como lo asegura la inteligencia argentina. En primer lugar, “Fallahian instruyó al [miembro del Hezbolá] Imad Mughniyeh para que formara parte de un grupo de operaciones, quien asumió la ejecución del ataque”. En el siguiente paso, Rabbani fue puesto a cargo de la logística local, con todos los detalles relacionados con la compra, el alquiler y el armado de la camioneta que sería usada en el atentado, además de actuar de enlace con agentes del Hezbolá en la Argentina. Finalmente, Asghari se encargó de activar las “redes clandestinas” de Irán en apoyo a la operación.

Rabbani también ayudó a activar sus redes locales. La inteligencia argentina confirmó que Rabbani partió para Irán el 18 de junio de 1993 y regresó cuatro meses más tarde, el 29 de octubre. Volvió a Irán a fines de febrero de 1994, supuestamente a recibir sus credenciales diplomáticas. La decisión de acreditar a Rabbani como diplomático, solamente cuatro meses antes del atentado contra la AMIA, le permitió brindar material para la operación con bastante facilidad, mientras que, al mismo tiempo, aseguró su inmunidad diplomática luego del ataque”.

Más adelante, los investigadores descubrirían grabaciones de llamados telefónicos entre la embajada iraní en Buenos Aires —donde Asghari y Rabbani trabajaban— y supuestos agentes del Hezbolá ubicados en el área de la Triple Frontera, donde operaban en una mezquita y en una agencia de viajes. Incluso se cree que ciertos agentes entrenados del Hezbolá, que también viajaron a la Argentina luego de que lo hicieran Rabbani y Asghari, estaban vinculados estrechamente con Irán. De acuerdo con las opiniones de los expertos utilizadas en la investigación del caso AMIA, el Hezbolá prefiere agentes externos, en lugar de contactos locales, cuando se trata de operaciones de mayor envergadura en otros países. Estos agentes, en general, son más confiables y tienen mejor entrenamiento, frecuentemente, en campos de adiestramiento terrorista en Irán.

Inteligencia y apoyo logístico para el atentado contra la AMIA

Semanas posteriores a la reunión en Mashhad, durante la cual los funcionarios iraníes aprobaron el atentado contra la AMIA, basados en los informes de Rabbani y Asghari, los diplomáticos iraníes comenzaron con sus pedidos de visados para visitas a la Argentina. Las visas fueron pedidas en octubre de 1993 por parte del subsecretario del

Ministerio de Cultura y Guía Islámica (Ershad), Ali Janati, y Ahmad Alamolhoda, director del Departamento cultura del Ministerio de Asuntos Exteriores. Poco después del nombramiento de Rabbani como agregado cultural, la propuesta de una visita de seis días suscitó la preocupación de los investigadores dada la jerarquía de Janati y a raíz de la descripción que testigos hicieron de su hermano, de quien afirmaron ser funcionario de la Guardia Revolucionaria y “un conocido terrorista y miembro de la facción de línea dura”. Por razones desconocidas, este viaje nunca se realizó. Casi en simultáneo, se presentaron pedidos de visa para Alamolhoda en las embajadas argentinas en La Haya y en Berlín, el 7 y 8 de junio de 1994, respectivamente. Alamolhoda llegó a la Argentina a los pocos días y, a pesar del pedido específico de un visado por treinta días, partió cuatro días más tarde hacia Madrid, lugar donde se encuentra ubicada una oficina regional de MOIS que supervisa las actividades en América Latina.

Luego, el 18 de junio, Ahmad Abousaeidi, el primer secretario en la embajada iraní en Uruguay, llegó a la Argentina con una visa por noventa días. Al menos otros seis iraníes viajaron a Buenos Aires para realizar visitas cortas durante junio de 1994, entre quienes se encontraban el embajador iraní en Uruguay y Mohammad Ali Sarmadi-Rad, sospechoso de ser un agente de MOIS y que había realizado un sospechoso viaje similar a la Argentina durante el período previo al atentado contra la Embajada de Israel en Argentina, en 1992. Un nuevo grupo de diplomáticos iraníes entró a la Argentina durante el fin de semana previo al atentado contra la AMIA y dejó el país dos días antes del ataque. Al analizar el atentado, los investigadores prestaron atención a las conductas sospechosas de este grupo. Se cree que varios miembros de este grupo viajaron bajo nombres falsos. Masoud Amiri, un agregado en la embajada iraní en Brasilia, dio como dirección el Sheraton Hotel

cuando completó el formulario de inmigración en Argentina, aunque el hotel no tiene registro alguno de que alguien, con ese nombre, se haya registrado allí.

Las autoridades argentinas también observarían que muchos de los pasaportes usados por numerosos funcionarios del gobierno iraní, que llegaron a la Argentina en junio y julio de 1994, presentaron pasaportes emitidos entre abril y mayo, poco antes de viajar. Muchos de estos funcionarios ya contaban con pasaportes en regla, con lo que se sugirió que ellos pidieron nuevos pasaportes, específicamente, para realizar este viaje. En muchos casos, como más tarde lo determinaron los investigadores, los nuevos pasaportes de estos funcionarios presentaban numeración secuencial o semi secuencial. Estos hallazgos confirmaron, para los fiscales, que “se concedió una nueva cobertura diplomática” con el objetivo específico de crear confusión “en cuanto a la identidad de estos enviados”.

Respecto a la financiación del atentado contra la AMIA, al parecer, la mayoría del dinero salió de cuentas bancarias controladas por Rabbani. En diciembre de 1993, a los dos meses de su regreso de la reunión en Mashhad, Rabbani abrió una cuenta en una sucursal de Deutsche Bank. Rabbani ya tenía dos cuentas en otros dos bancos, una en el Banco Sudameris, abierta en abril de 1989 y otra cuenta en el Banco Tornquist, abierta en marzo de 1992, aunque esta nueva cuenta bancaria tenía un propósito muy específico. Cuatro meses antes del atentado contra la AMIA, un total de \$150.812 fue depositado en la nueva cuenta de Rabbani. Rabbani retiró el total de \$94.000 en un periodo previo al 18 de julio; la cantidad de \$45.588 fue retirada dentro de los dos meses siguientes al atentado. Estos fondos llegaron a través de transferencias bancarias internacionales; tres de ellas, al menos, fueron enviadas desde el Bank Melli, de Irán, a través de los Unión de Bancos Suizos. Tiempo después, en octubre de 2007, el gobierno de los Estados Unidos pondría al descubierto que Bank Melli fue fundado como conducto financiero mediante el cual Irán compraba materiales sensibles para sus programas nucleares y misilísticos, y transfería dinero para IRGC y las Fuerza Qods.

Al parecer, Rabbani también recibía fondos desde Irán en su cuenta del Banco Tornquist. De acuerdo con la Administración Federal de Ingresos Públicos, no existen pruebas de que el dinero depositado en esa cuenta bancaria se haya originado en la Argentina. Los fiscales creen que “Rabbani usó estos fondos de la cuenta antes mencionada para costear gastos relacionados con la ejecución del ataque contra la AMIA”. Durante el año 1994 —tanto antes como después del atentado— Rabbani retiró un total de \$284.388 de sus cuentas, con lo cual validó el testimonio de Mesbahi de que “Rabbani fue el agente principal a cargo de la logística local para la operación”.

Junto con el uso de la cobertura diplomática de Irán para crear una red de inteligencia en la Argentina, Teherán creaba historias falsas y trabajos diarios para los agentes del Hezbolá. Un contacto cercano de Imad Mughniyeh, como lo informó el *New Yorker*, es un “jeque llamado Bilal Mohsen Wehbi, un ciudadano libanés entrenado en Irán, informante del Ministerio de Asuntos Culturales de Irán”. Este ministerio, junto con el Ministerio de Guía Islámica y el Ministerio de Asuntos

HEZBOLÁ: LAS HUELLAS EN EL MUNDO DEL "PARTIDO DE DIOS"

Exteriores, ayudaba a ingresar agentes en diferentes países para apoyar los planes del Hezbolá. En el Ministerio de Asuntos Exteriores, por ejemplo, el director para los Asuntos Árabes, Hossein Sheikh Al-Islam, operaba en coordinación con el IRGC para "colocar sus miembros en embajadas iraníes en el mundo y participar en operaciones del Hezbolá", de acuerdo con el experto en el Hezbolá, Magnus Ranstorp. Ciertos miembros de la Fuerza Qods también tuvieron un papel destacado en el atentado contra la AMIA, de acuerdo con un informe del Departamento de Defensa sobre el poderío militar iraní.

Además de enviar agentes de inteligencia bajo cobertura diplomática, los servicios de inteligencia de Irán llevaban a cabo operativos no oficiales. La falta de cobertura diplomática constituía un riesgo mayor, pero era una estrategia más eficaz, dada la libertad de los agentes más allá de los muros de la embajada y la administración. Tomemos, como ejemplo, el caso de Hossein Parsa, quien reemplazó al agente de inteligencia de IRGC, Seyed Jamal Youssefi, en la Corporación Gubernamental de Comercio (con sigla en inglés GTC). GTC tenía "dos misiones", de acuerdo con Abolghasem Mesbahi, agente de inteligencia iraní desertor: "generar ingresos y manipular recursos, a fin de brindarle a la organización una amplia cobertura". Mientras que las actividades de Youssefi se orientaban en la recolección de información de inteligencia y otras actividades operacionales, Parsa se encontró en el lugar y en el tiempo indicado para brindar apoyo logístico al atentado contra la AMIA. Tres meses antes del ataque, Parsa había alquilado un apartamento que llamaba la atención, principalmente, porque sus ventanas traseras estaban completamente tapadas por un inmenso cartel. El contrato para la renta del apartamento fue firmado en la embajada de Irán en abril de 1994 y algunos miembros del personal de la embajada sirvieron como testigos oficiales. Desde afuera, nadie podía ver qué sucedía dentro del apartamento. Sin embargo, los registros de llamadas telefónicas demostraron que se realizaron llamadas desde este apartamento al Ministerio de Reconstrucción en Irán, entre las cuales se constató una llamada el día antes del atentado contra la AMIA.

Dos días antes del atentado, mientras la camioneta cargada de explosivos estaba estacionada en un garaje cerca del edificio de la AMIA, Mohsen Rabbani realizó llamadas al GTC desde su teléfono celular. Las torres de señales confirman que Rabbani se encontraba en los alrededores del estacionamiento y de la AMIA en aquel momento. Este hecho llamó la atención de los investigadores, no solo porque se creía que GTC era un organismo de inteligencia iraní encubierto, sino también porque el Ministro de Reconstrucción "era utilizado como una máscara para las actividades de los representantes de la Fuerza Qods".

¿Acaso el apartamento de Hossein Parsa funcionó como refugio de operaciones para los conspiradores del atentado? Los investigadores sencillamente dicen que "aún falta trabajo" respecto a la investigación de las actividades de Parsa. No obstante, los fiscales prestaron atención al testimonio que enfatizó que "la prioridad mayor [estaba] en seleccionar un refugio; la siguiente prioridad [era] la distancia". Además, los fiscales observaron la importancia que tuvieron los

refugios en el atentado frustrado del Hezbolá en Bangkok en aquel año y otros casos, como en Croacia, donde se hallaron armas y explosivos durante redadas policiales en refugios del Hezbolá.

Independientemente de la función que el apartamento de Parsa cumplía en esta red, la inteligencia argentina observó que, dos meses después del atentado contra la AMIA, este individuo abandonó abruptamente Argentina aunque todavía le quedaba un año y medio de su contrato de alquiler. La embajada iraní también sacó del país a Khalil Mashoun, representante comercial de GTC, durante el mismo mes. Las autoridades sospecharon que GTC funcionaba como una agencia de inteligencia encubierta luego del ataque contra la AMIA. Aunque esta compañía no presentó sus declaraciones impositivas durante la mayoría de los años de existencia, sí informó que no tuvo actividad comercial alguna en su declaración del período enero–septiembre de 1995. Las autoridades creen que GTC no llevó adelante ningún tipo de actividad comercial en este período de nueve meses porque, básicamente, era una agencia de inteligencia encubierta iraní que se beneficiaba del subsidio permanente del gobierno de este país, pero no era una empresa comercial. Al entrevistar a ciertos testigos y al investigar a GTC y a otras compañías, los investigadores descubrieron que Mohsen Rabbani mantuvo lazos tan estrechos con esta compañía iraní que, a menudo, decidía a quien debían emplear. Durante una llamada que pudo ser interceptada, el director de la compañía sospechada de ser una agencia de inteligencia encubierta, South Beef, fue hallado explicando que “Rabbani era quien proveía a las compañías de todo el personal” y, por lo tanto, el director no tenía la facultad de contratar a nuevos empleados.

Mientras Rabbani estaba atento a los detalles logísticos necesarios en Buenos Aires, los agentes del Hezbolá, en la Triple Frontera, planeaban la operación desde un aspecto más general. Estos dos grupos permanecieron en estrecho contacto a medida que se desarrollaba la conspiración. Solamente en dos ocasiones los agentes de la Triple Frontera llamaron a Rabbani a su casa, hecho que sugiere un descuido o, tal vez, una necesidad operacional imperiosa. Una de esas llamadas, desde la agencia de turismo Piloto Turismo, de Farouk Omairi, fue inmediatamente precedida por una sucesión de breves llamadas a otros números, de las cuales el FBI determinó que “podrían demostrar un posible patrón de llamadas de coordinación relacionadas con la llamada a la residencia de Rabbani”.

Samuel El Reda, desde sus refugios en Buenos Aires y en una casa de ladrillos rojos en Foz, coordinó la operación del Hezbolá en las semanas previas al atentado. Organizó la llegada de una escuadra operacional de Hezbolá al país alrededor de diecisiete días antes, se ocupó de la logística de la estadía de estos individuos en Buenos Aires y supervisó la partida de la fuerza de combate del Hezbolá en un vuelo a la zona de la Triple Frontera cerca de dos horas antes del atentado. El Reda, como el responsable principal local de la logística para el atentado, mantuvo informado a los coordinadores principales, con base en el área de la Triple Frontera, sobre el progreso de la célula del Hezbolá en las etapas finales del ataque. Transcurrirían varios años, pero a finales de junio de 2009, los fiscales emitirían una orden

judicial para el arresto de El Reda acusado de ser el coordinador principal para la operación del ataque contra la AMIA.

Aunque numerosos agentes del Hezbolá, en la zona de la Triple Frontera, tuvieron un papel destacado en este atentado, es posible que el coordinador real del ataque haya sido el mismo Imad Mughniyeh. Luego de la reunión en Mashhad, de acuerdo con la inteligencia argentina, Mughniyeh actuó bajo las órdenes de Irán para formar un grupo operacional que llevó a cabo el atentado. De acuerdo con la inteligencia israelí, Mughniyeh supervisó la operación y proveyó de los explosivos usados en el ataque.

Mientras tanto, el testimonio de Mesbahi indicó que la persona elegida por el jefe de inteligencia, Fallahian, para dirigir la operación (ya sea Mughniyeh o no) usó el nombre falso "Ahad". A fin de supervisar el atentado, Ahad viajó a la Argentina cinco o seis días antes del atentado e ingresó al país con un auténtico pasaporte griego, aunque con nombre falso. Se retiró del país con el mismo pasaporte dos o tres días luego del ataque. Mesbahi explicó posteriormente: "[Ahad] puede hallarse en el área de los cuarteles de Baalbek, en el Líbano, en los cuarteles de Iman Hossein, donde ahora se desempeña como comandante en jefe del ejército del Hezbolá". Basados en la descripción hecha por Mesbahi, las autoridades argentinas realizaron un identikit de Ahad que circuló por varios países y a la Interpol lo envió a los medios de comunicación en un esfuerzo por identificarlo. Sin embargo, este esfuerzo fue inútil, dada la escasez de fotos públicas de Mughniyeh. Nunca se demostró que Ahad fuera realmente Mughniyeh, a pesar de las grandes sospechas al respecto; incluso Mesbahi no pudo demostrarlo definitivamente. Pero fuera o no la misma persona, o si supervisó la operación desde el exterior, los investigadores creen que Mughniyeh fue el cerebro del atentado contra la AMIA. "Mughniyeh sería el principal [sospechoso]", como lo admitiría el fiscal federal del caso AMIA, Nisman, en 2002, "quien es nuestro objetivo". Al año siguiente, los fiscales emitirían órdenes de captura tanto para Imad Mughniyeh como para Assad Barakat.

Quien haya sido el coordinador del ataque, Mughniyeh u otra persona, este individuo cargó con todo el peso de la acción y la autoridad del liderazgo del Hezbolá en el Líbano. De acuerdo con un testigo entrevistado por los investigadores, Hassan Nasrallah le transmitió una orden Abbas Hijazi y a Farouk Omairi para que los miembros del Hezbolá en el área de la Triple Frontera les proveyeran a los agentes de la red de Barakat "todo lo necesario para realizar" el ataque contra la AMIA. Para ese fin, según el testigo, Hijazi y Omairi le facilitaron a los "hermanos Barakat" pasajes y documentos falsos de gran calidad, además de dinero y mapas de la región y de Buenos Aires en particular; así como también, "información concerniente a personas que deberán contactarse en Buenos Aires para llevar a cabo la operación", entre quienes se encontraba, al menos, una persona de la embajada iraní.

En promedio, se realizó una llamada al mes desde la agencia de viajes de Omairi, de acuerdo con los registros de llamadas del FBI. Un número de teléfono fue discado más veces que otros, y este hecho llamó especialmente la atención porque fue realizado desde diferentes locaciones en la zona de la Triple Frontera,

entre los que se encontró un número registrado a nombre de Farouk Omairi en la mezquita de las Cataratas del Iguazú. Como consecuencia, los registros telefónicos apuntan a “demostrar la coordinación entre el área de la Triple Frontera y las ‘células dormidas’ en Buenos Aires”, como concluyeron los investigadores argentinos.

A fin de bloquear cualquier interceptación de llamadas potenciales, Irán transfirió las llamadas entre los agentes de campo en los puestos diplomáticos y MOIS en Teherán a través de lo que ellos pensaban era una red segura. Las llamadas, por ejemplo, desde la embajada iraní en Buenos Aires al departamento 240 —un intermediario puesto para cooperar con el Ministerio de Asuntos Exteriores y MOIS— fueron realizadas desde un conmutador militar iraní que triangulaba las llamadas para evitar ser detectadas. De acuerdo con la inteligencia argentina, la embajada iraní en Buenos Aires comenzó a usar este tipo de comunicaciones el día previo al atentado contra la embajada de Israel, el 16 de marzo de 1992, y su uso continuó hasta el 6 de julio de 1994, doce días antes del atentado contra la AMIA. Al haber identificado esta triangulación técnica, la inteligencia argentina pudo rastrear las llamadas anteriores y posteriores al ataque a la embajada de Israel, entre las cuales se encontraron las llamadas desde el teléfono celular del embajador Hadi Soleimanpour y sus líneas telefónicas en su casa.

Más que un núcleo para las comunicaciones, el área de la Triple Frontera es conocida como una importante región para la facilitación de viajes, a través de la cual los individuos pueden trasladarse por las múltiples fronteras con un control muy laxo. Aunque los investigadores no pudieron identificar definitivamente a la persona que acompañó al terrorista suicida, Ibrahim Berro, en su viaje desde el Líbano a América del Sur, están convencidos de que un agente del Hezbolá viajó con él y que ingresó a la Argentina por la zona de la Triple Frontera. En opinión de un agente del FBI, quien investigó el atentado contra la AMIA, “cualquier participación en el ataque a la AMIA por parte de agentes en la Triple Frontera debería haber contado con explosivos y dinero, así como la ayuda a los agentes para entrar y salir de la Argentina”. Las investigaciones determinaron que Berro, y quien lo haya acompañado, viajaron desde Europa y pasaron por la zona de la Triple Frontera, donde “ingresaron a Ciudad del Este con pasaportes europeos falsos; luego de su estadía en aquel lugar, durante la cual recibieron nuevo apoyo logístico para llevar a cabo su misión y partieron rumbo al destino final, el cual era Buenos Aires”.

En enero de 2003, un informe de la inteligencia argentina concluyó que el explosivo C4 que el Hezbolá usó para el atentado contra la AMIA llegó a Buenos Aires a través de Ciudad del Este. De acuerdo con un oficial de inteligencia israelí, el explosivo C4 fue ingresado al país desde Irán, a través de una valija diplomática iraní.

Atentado contra el edificio de la AMIA

Los embajadores de Irán en Argentina, Uruguay y Chile regresaron a Irán durante las semanas previas al atentado. El embajador iraní en Buenos Aires, Hadi Soleimanpour, partió hacia Teherán vía Miami el 30 de junio. Aunque Soleimanpour y los otros dos embajadores iraníes más tarde afirmarían que se

encontraban accidentalmente de vacaciones en ese momento, otros funcionarios entrevistados afirmarían que fueron llamados de Irán para asistir a una reunión de embajadores regionales. El embajador iraní en Uruguay y el embajador en Chile abordaron el mismo avión desde Santiago, Chile, hacia Frankfurt, Alemania, el 17 de julio: el día previo al atentado. Fue difícil pasar por alto, luego del marcado aumento de visitas diplomáticas a América del Sur previas al atentado contra la AMIA, la repentina ausencia de altos funcionarios iraníes en la región cuando ocurrió el atentado.

De acuerdo con la inteligencia argentina, el embajador Soleimanpour presentaba un amplio historial de espionaje bajo la cobertura de actividad diplomática y del trabajo con espías bajo la máscara de periodista de la acreditada Agencia de noticias de la república islámica (con sigla en inglés IRNA). Antes de su puesto en Buenos Aires, Soleimanpour sirvió como encargado de negocios; en España, de 1985 a 1989, fue embajador. "Durante este período", concluyeron los investigadores, "Soleimanpour fue instruido por el gobierno iraní para ocuparse de la colaboración de un grupo de cinco residentes en España con el objetivo de brindarle a Pasdaran [IRGC] el necesario apoyo durante una represalia llevada a cabo contra los Estados Unidos e Israel".

Mientras tanto, en el período de dos semanas y media entre las partidas de Soleimanpour y los otros embajadores, el flujo de agentes del Hezbolá y las partidas escalonadas de funcionarios iraníes continuó. Cerca de un mes antes del atentado, la esposa de Samuel El Reda partió al Líbano. La mañana del 1 de julio, Samuel El Reda se dirigió hacia el Aeropuerto Internacional de Ezeiza, en Buenos Aires, para encontrarse con un grupo de agentes del Hezbolá que llegaron al país con el único objetivo de ejecutar el atentado. Desde el aeropuerto, El Reda realizó una llamada, a las 10:53 a.m. a un teléfono celular en Foz registrado bajo el nombre falso André Márques y utilizado por el agente del Hezbolá que coordinó el ataque desde la zona de la Triple Frontera, para informar que los agentes del Hezbolá habían llegado de acuerdo con el plan establecido. De acuerdo con los investigadores, el teléfono celular de Marques "pertenece a la agencia de turismo y Agencia Piloto, propiedad de Farouk Abdul Omairi".

El teléfono celular de Marques, cabe destacar, recibió llamadas hechas desde Buenos Aires, desde el 1 al 18 de julio, y nunca antes y nunca después volvió a recibir llamadas. La última llamada a este celular desde Buenos Aires tuvo lugar a las 7:41 a.m., el 18 de julio, dos horas antes del atentado y alrededor de cuarenta minutos antes de que el escuadrón del Hezbolá y El Reda abordaran un vuelo desde el Aeropuerto Metropolitano Jorge Newbery rumbo a Puerto Iguazú, en el área de la Triple Frontera. El Reda, como lo determinaron los fiscales, fue un hombre muy ocupado durante este breve período de tiempo.

El Reda llamó al coordinador del Hezbolá en Foz, con el teléfono de Marques una vez más, cuatro horas más tarde desde un teléfono público en el aeropuerto, posiblemente, para informar que los agentes del Hezbolá habían aterrizado y que estaban a punto de partir para uno de los refugios de El Reda en Buenos Aires.

BOMBAS EN BUENOS AIRES

Aquella noche, el celular de Marquez recibió una tercera llamada desde Buenos Aires, hecha desde un teléfono público a 1,5 kilómetro del edificio de la AMIA. Seis minutos más tarde, se rastreó una llamada a un agente del Hezbolá en Foz desde otro teléfono público en la misma área. Finalmente, solo nueve minutos después de esta llamada, se rastreó otra llamada desde el mismo teléfono público en Buenos Aires a un teléfono en Beirut, identificado por los investigadores como “la oficina central del Hezbolá en Beirut”.

Los investigadores creen que todas estas llamadas fueron realizadas por El Reda. Por ejemplo, la totalidad de las llamadas fueron realizadas a números que El Reda llamó, en otras ocasiones, desde su casa en Foz. Además, la llamada a la oficina del Hezbolá en Beirut fue seguida por una llamada, desde el mismo teléfono público, a un número de la familia de El Reda en Alemania. De hecho, es posible que El Reda haya dejado de estar en alerta y, pasando por alto los protocolos operacionales por los que se destaca el Hezbolá, llamó a su esposa o a sus parientes en varias ocasiones, inmediatamente después de llamar a los agentes del Hezbolá, de las cuales se encuentran todas las secuencias registradas por los investigadores el 8, 9 y 15 de julio.

Con frecuencia, las llamadas de El Reda daban lugar a una profusión de una larga cadena de llamadas telefónicas dentro de los círculos del Hezbolá. Por ejemplo, a las 9:28 a.m. del 8 de julio, El Reda llamó desde un teléfono público cerca del edificio de la AMIA al teléfono celular del “coordinador del grupo de operaciones”, presuntamente, la misma persona en Foz que usaba el teléfono celular de Marques. En los siguientes diecinueve minutos, como descubrirían más tarde las autoridades, esta llamada inició una cadena de más de veinte llamadas adicionales a personas en el Líbano quienes, de acuerdo con la inteligencia argentina, eran miembros del Hezbolá. Estas llamadas, como lo determinaron los investigadores, “formaron parte de un extenso intercambio de información”. Claramente, esta cadena telefónica, en particular, tuvo lugar el día en que Ahmad Asghari, al haber logrado dirigir exitosamente las redes clandestinas en el área en apoyo al plan del atentado, abandonó abruptamente Argentina para siempre, a pesar de que debía permanecer otros tres meses. Asghari no dio el aviso diplomático usual de su intento por dejar su puesto; con lo cual, las autoridades argentinas suponen que “Asghari no dejó el país por propia voluntad, sino en respuesta a una orden directa de su jefe en Teherán, específicamente [el ministro de asuntos exteriores de Irán], Ali Velayati”.

Es interesante prestar atención a una llamada del 1 de julio desde un teléfono público cerca del edificio de la AMIA (posiblemente hecha por El Reda) a un número telefónico en la ciudad de Nueva York. Dos minutos después, se realizó una llamada desde el mismo teléfono público al teléfono celular de Marques. Transcurrirían doce días y, el 12 de julio, se realizó otra llamada al número en la ciudad de Nueva York, esta vez, desde un teléfono público a menos de 4 km del edificio de la AMIA. Siete minutos más tarde, la llamada a Nueva York fue seguida por una llamada al teléfono celular de Marques. Se detectó una tercera

HEZBOLÁ: LAS HUELLAS EN EL MUNDO DEL "PARTIDO DE DIOS"

llamada al número en Nueva York el 17 de julio, el día previo al atentado, seguido de una llamada, un minuto más tarde, al teléfono celular de Marques. En una ocasión, se registró una llamada desde el mismo teléfono público a una línea "identificada como el centro de comunicaciones del Hezbolá en Beirut". Estas llamadas, así como otras registradas por los investigadores, revelan lo que los investigadores concluyeron era un sistema de comunicación de mando y control entre los agentes del Hezbolá en Buenos Aires, coordinadores en la zona de la Triple Frontera y Nueva York y agentes del Hezbolá en Beirut.

Aproximadamente una semana antes del atentado contra la AMIA, una fuente de inteligencia les advirtió a las autoridades argentinas, brasileñas e israelíes de un inminente atentado en la Argentina, similar al ocurrido en 1992 contra la embajada de Israel. Wilson Dos Santos, un ciudadano brasileño, se contactó con los consulados de estos tres países en Milán cerca del 8 de julio, y no pidió dinero, sino protección a cambio de su información. Claramente, este individuo estaba nervioso, pero nadie tomó seriamente la historia de que él tenía una aventura con una espía y prostituta iraní, quien le había confiado haber estado involucrada en el atentado en 1992 a la embajada de Israel y en un inminente golpe, también en la Argentina. "Algo grande está por ocurrir", advirtió, pero su historia fue considerada demasiado inverosímil. Años más tarde, Dos Santos se retractaría de su predicción tan acertada, pues aseguró ante los investigadores brasileños que se había acercado a las autoridades con la información que poseía sobre el atentado de 1992 y que no había mencionado el inminente ataque a la AMIA. Sin embargo, una investigación llevada a cabo inmediatamente después del atentado contra la AMIA pudo corroborar la mayoría de los dichos de Dos Santos. También se determinó que Narim Mokhtari, novia de Dos Santos, tenía una historia "altamente sospechosa". La dirección en Irán que ella declaró en su solicitud para la ciudadanía argentina era, en realidad, un cementerio. Las personas que nombró para dar referencias en su solicitud negaron conocerla. Además, las direcciones donde Dos Santos afirmó que Mokhtari se reunía con sus colegas iraníes fueron identificadas, por los investigadores, como "lugares donde se creía que se reunían los agentes de inteligencia iraní", entre los cuales se encontraban el domicilio de una persona, cuyo sobrino, según la inteligencia argentina, era un agente de inteligencia de Irán.

Los agentes iraníes y del Hezbolá, sin saber que su plan estuvo muy cerca de ser desbaratado, continuaron el apoyo logístico para la fase final de la operación. El atacante suicida, Ibrahim Berro, llegó a Buenos Aires desde la Triple Frontera, días antes al atentado. Los detalles que se conocieron en un informe de una "unidad colateral" de la inteligencia argentina afirmaron que "Berro hizo su viaje [a la zona de la Triple Frontera] acompañado de un residente paraguayo llamado Saad. Berro permaneció en la casa de los hermanos Fuad Ismael y Abdallah Ismael Tormos, quienes habían arribado a la Triple Frontera en el año 1992 y se cree que fueron miembros del Hezbolá".

De acuerdo con una fuente de la inteligencia argentina, Saad, coordinador militar de un grupo de partidarios del partido chiita libanés Amal en la Triple Frontera,

BOMBAS EN BUENOS AIRES

mantuvo una relación amorosa con una funcionaria en el Tancredo Neves Bridge [Puente de la Amistad], a quien describió como “gorda de cabello corto” y quien permitió que ciertos individuos cruzaran a la Argentina sin pasar por ningún control a cambio de mercancías o dinero. Los informes del FBI y de la prensa describen a una mujer llamada Nora González, también conocida como la “Gorda Nora”, quien, en aquel momento, estaba a cargo de la oficina de aduanas en el puente y supuestamente ayudaba a cruzar ilícitamente la frontera, ya sean personas como mercancías.

La camioneta Traffic que Berro estrellaría contra el edificio de la AMIA tenía el techo dañado y problemas de pintura. Probablemente fue una sorpresa agradable cuando el vendedor, un oficial de policía llamado Carlos Telleldín encontró un comprador el mismo día en que publicitó su venta. De este modo, ni la pintura descascarada ni el techo abollado representaron un problema para convertirse en un coche bomba. El comprador se hizo llamar Ramón Martínez, dio una dirección que luego se descubrió era falsa, además de afirmar que compraba el vehículo para alguien más. De acuerdo con Telleldín, Martínez usaba sombrero y anteojos, hablaba con acento centroamericano y tenía gran dificultad para conducir el vehículo.

La camioneta permanecería oculta por cinco días, durante los cuales, fue provista con más de trescientos kilos de explosivos, un nuevo elástico de suspensión trasero y neumáticos traseros de un tamaño superior al normal para cargar peso extra. Pocas semanas antes del ataque, al otro lado del planeta, otros agentes del Hezbolá habían realizado las mismas modificaciones en una camioneta usada en intento de atentado en Bangkok (véase capítulo 5). Los investigadores nunca pudieron determinar dónde se realizó el trabajo mecánico en la Argentina. No obstante, el 15 de julio, a solo cinco días luego de que el aviso de Telleldín apareciera en el periódico y a solo tres días del atentado, la camioneta Traffic cargada de explosivos fue conducida al estacionamiento Jet Parking, ubicado a cuatrocientos metros del edificio de la AMIA.

De acuerdo con los fiscales, el hombre que guardó el vehículo registró su nombre como Carlos Martínez, aunque su verdadera identidad sigue siendo desconocida. Los empleados del estacionamiento lo describieron como un hombre de baja estatura, tez oscura, de aproximadamente treinta años, vestido con un traje marrón. “Martínez” afirmó estar de visitas a un familiar enfermo y dijo que estaba alojado en el Hotel de las Américas. Esta declaración pareció extraña, dado que el hotel estaba ubicado a gran distancia del estacionamiento Jet Parking. Otra anomalía que observaron los empleados del estacionamiento fue que Martínez tuvo problemas para estacionar la camioneta, la cual se había atascado. Un segundo individuo, quien entró a pie, estacionó el vehículo y luego de intercambiar señales gestuales, abandonó el lugar. Martínez les contó a los empleados que necesitaba guardar la camioneta por cuatro o cinco días; que durante esos días él debería sacar al vehículo en una o dos oportunidades. Al final, pagó \$100 en efectivo por un pase que servía por quince días, una cuota demasiado elevada

HEZBOLÁ: LAS HUELLAS EN EL MUNDO DEL "PARTIDO DE DIOS"

para tan pocos días. Martínez, que parecía nervioso, escribió un número erróneo de dominio en la ficha del cliente.

A las 6 p.m., la camioneta ya estaba estacionada en el estacionamiento. Cerca de diez minutos después, Mohsen Rabbani realizó una llamada desde su teléfono celular desde la zona de Jet Parking a Samuel El Reda, en la mezquita At-Tauhid. La llamada duró solo veintiséis segundos, "el tiempo justo", los fiscales comentarían más tarde, "y necesario para confirmar el éxito de una fase clave de la operación". Con la información de que el coche bomba estaba estacionado a pocas cuadras del edificio de la AMIA, El Reda salió de la mezquita pocos minutos después de hablar con Rabbani y se dirigió a un locutorio. A las 7:18 p.m. recibió instrucciones (al parecer, a través de una llamada a ese teléfono público) para transmitir la información de que el coche bomba había llegado al estacionamiento. El llamado lo haría al militante de Hezbollah Khodor Barakat, residente en la Triple Frontera.

En la mañana del 18 de julio, a aproximadamente 7:41 a.m., El Reda llamó nuevamente a su contacto en la Triple Frontera desde el teléfono celular de Marques. La tarea final de El Reda consistía en acompañar al resto del grupo del Hezbolá hasta el aeropuerto y asegurarse que abordaran el avión a Puerto Iguazú en la zona de la Triple Frontera. De acuerdo con los investigadores, esta llamada final al coordinador del Hezbolá en Foz tuvo como objetivo informarle que el grupo de operaciones del Hezbolá ya había embarcado, vuelo que partió cuarenta minutos después del llamado. Para el momento del aterrizaje, ochenta y cinco personas habían muerto, y los equipos de emergencia se encontraban atendiendo a los heridos y a los moribundos, víctimas del atentado contra la AMIA.

De acuerdo con fuentes israelíes, el atacante suicida, Ibrahim Berro, llamó a su familia en el Líbano solo algunas horas antes del atentado y les informó que estaba a "punto de reunirse con su hermano", una supuesta referencia a Assad Hussein Berro, uno de sus hermanos que había llevado a cabo un ataque suicida, cuyo objetivo eran soldados israelíes en el Líbano, en agosto de 1989. Las pruebas tardaron en llegar, sin embargo, y el Hezbolá aseguró que Ibrahim había muerto en una operación del Hezbolá en el Líbano. En 2005, con pruebas que apuntaban a Berro como el atacante suicida de la AMIA, los agentes del FBI y las autoridades argentinas entrevistaron a dos hermanos de Ibrahim, Abbas y Hussein, ambos ciudadanos estadounidenses naturalizados, con residencia en Dearborn, Michigan.

Durante la entrevista, la cual tuvo lugar en la casa de Berro, el 26 de abril de 2005, los hermanos Berro confirmaron que otro de sus hermanos, Assad, había fallecido durante un atentado suicida contra tropas israelíes en el sur del Líbano, el 3 de agosto de 1989. Otro de sus hermanos, Ali, trabajaba en un hospital dirigido por el Hezbolá. La familia no tenía conocimiento, no obstante, de que Ibrahim también fuera un miembro activo del Hezbolá. De acuerdo con Abbas, "Cuando murió (...) a mis padres se les informó que había fallecido mientras luchaba en el Líbano. No sabíamos, en ese momento, que fuera un miembro del Hezbolá". Sin embargo, Abbas, quien vivió con Ibrahim en el período anterior al atentado contra la AMIA,

también observó que “Ibrahim se ausentaba por períodos prolongados de tiempo, entre dos y tres meses, y cuando la familia se enteró de su muerte, él había estado ausente ya por un tiempo”. Los hermanos asistieron al funeral, el cual fue presidido personalmente por el líder del Hezbolá, Hassan Nasrallah. De acuerdo con Hussein, se enteró del papel de su hermano en el ataque a la AMIA recién en 2003, cuando su hijo adolescente encontró en Internet diversos informes periodísticos.

Abbas agregó que su madre sentía un gran dolor por la muerte de su hijo, quien con el tiempo, comenzó a dudar de la historia que los líderes del Hezbolá le habían relatado sobre la muerte de Ibrahim en el sur del Líbano. A pesar de la reivindicación inicial de responsabilidad sobre el atentado contra la AMIA, por parte del Hezbolá, luego cambió rápidamente su declaración en un nuevo comunicado. De acuerdo con un informe de la prensa argentina, “el comunicado emitido por un grupo de guerrilla islámica mantiene que ‘el mártir Ibrahim Berro’ era parte de un grupo de combatientes que murieron durante un enfrentamiento entre la Resistencia Islámica (el brazo armado del Hezbolá) y las fuerzas de ocupación israelíes en el sur del Líbano”. Los hermanos le brindaron al FBI dos fotos de Ibrahim, las cuales fueron comparadas con el identikit policial. De acuerdo con el análisis de expertos, los fiscales determinaron que la persona al volante de la camioneta Traffic que se estrelló contra el edificio de la AMIA era, efectivamente, Ibrahim Berro.

La huella de Irán en América del Sur

La penetración de la inteligencia iraní en América del Sur se ha extendido significativamente desde el atentado contra la AMIA. Durante su testimonio ante el Congreso, durante las semanas posteriores al atentado, el coordinador para contraterrorismo del Departamento de Estado expresó su preocupación por el hecho de que las embajadas iraníes en la región tuvieran más diplomáticos de los necesarios, algunos de los cuales eran sospechados de ser terroristas y agentes de inteligencia: “En este momento, la compartimos la información que tenemos con otros países sobre diplomáticos iraníes, o líderes terroristas iraníes que se hacen pasar por diplomáticos, a fin de que las naciones se nieguen a darles autorización para entrar al país y, si ya la tienen, que los expulsen. Hemos tenido cierto éxito al respecto, pero no siempre es el caso”.²³⁷ Otro testigo se refirió a una reunión de altos funcionarios gubernamentales en Chile, Uruguay y Argentina en la que se analizó el número de representantes iraníes en las embajadas en la región en marzo de 1995, es decir, ocho meses después del atentado contra la AMIA. Los funcionarios en Chile y Uruguay, los países más preocupados por el alto número de diplomáticos iraníes en aquel momento, indicaron que “las actividades de estos individuos en la embajada [iraní] eran monitoreadas y que eso era, muy claramente, una preocupación”.

Quince años más tarde, el comandante del Comando del Sur de los Estados Unidos indicó que la presencia iraní en la región había crecido todavía más, pues desde un puñado de misiones registradas en los años anteriores, se tenía conocimiento de doce misiones proyectadas para el año 2012. Este hecho, sumado al

apoyo tradicional iraní al terrorismo, preocupaba al general Douglas Fraser. “Los terroristas internacionales —Hezbollah, Hamás— cuentan con organizaciones en la región”, afirmó Fraser. Dos años después, en una declaración ante la Comisión de Servicios Armados, Fraser advirtió sobre el triunfo de Irán en eludir sanciones internacionales al establecer lazos discretos en materia económica, cultura y de seguridad, especialmente en naciones como Venezuela, Ecuador, Bolivia, Nicaragua y Cuba. Irán, añadió Fraser, impulsa su agenda a través de sus treinta y seis centros culturales chiitas. La Fundación Cultural Oriente, por ejemplo, un centro iraní dedicado a fortalecer los vínculos de Irán con América Latina, era dirigida por el clérigo radical Mohsen Rabbani. Este líder religioso supervisaba los medios de comunicación y reclutaba estudiantes de la región para estudiar en Irán.

En los años siguientes, se encontraron pruebas de que la participación en actividades terroristas de Rabbani, orientadas a América del Sur, no había disminuido, ya que Argentina lo acusó e Interpol emitió una Circular Roja de arresto por su papel en el atentado contra la AMIA. En 2007, Rabbani ayudó a cuatro individuos que trazaban una conspiración para atentar con explosivos al Aeropuerto Internacional de Nueva York John F. Kennedy (JFK), de acuerdo con documentos judiciales. Estos cuatro individuos habían requerido ayuda técnica y financiera para tal conspiración, a la cual le dieron el nombre críptico *Chicken Farm*. Tres de estos cuatro hombres eran guyaneses, entre quienes se encontraba Russell Defreitas, maletero empleado en JFK que había recibido la ciudadanía estadounidense. El último conspirador era Kareem Ibrahim, imán y líder de la comunidad chiita musulmana en Trinidad y Tobago. Estos cuatro hombres fueron condenados en un tribunal federal en el Distrito Este de Nueva York.

Cuatro años más tarde, en la misma época que el último acusado por el intento de atentado contra JFK fuera condenado, la prensa brasileña informó sobre las actividades de Rabbani en América del Sur. La seguridad se ha vuelto una prioridad máxima en Brasil, ya que este país comenzó con los preparativos como anfitrión de la Copa del Mundo, en 2014 y para los Juegos Olímpicos, en 2016. Según avanzaba la investigación sobre Brasil, los expertos en seguridad expresaron su preocupación por el laxo régimen legal contraterrorista y la aún más débil ejecución de la ley. En abril de 2011, *Veja*, un semanario de noticias, publicó un artículo que analizaba la manera en que Rabbani “frecuentemente entraba y salía de Brasil con pasaporte falso, quien ha reclutado, al menos, a veinticuatro jóvenes en tres estados brasileños para ‘asistir a clases de formación religiosa’ en Teherán. En palabras de un funcionario brasileño citado por el semanario, “sin que nadie se dé cuenta, está naciendo una generación de extremistas islámicos en Brasil”. En cuanto a Hezbollah, un ex agente del FBI, que trabajó en las investigaciones sobre el Hezbollah y el atentado contra la AMIA, observó que el papel de Hezbollah en actividades delictivas y fraude no ha parado de crecer. Hoy en día, el grupo está involucrado en estafas con envíos al puerto; por ejemplo, los envíos de contenedores que entran a Brasil por el puerto São Paulo y luego “desaparecen durante su camino al río, hacia Foz, en la zona de la Triple Frontera”.

BOMBAS EN BUENOS AIRES

Sin lugar a dudas, Irán y Hezbolá continúan en actividad en América del Sur, un hecho que ha captado toda la atención de los funcionarios de inteligencia de los Estados Unidos y de sus colegas en el sur. Tomemos como ejemplo, octubre de 2011, cuando la Fuerza Qods IRGC intentó asesinar al embajador saudí en Washington, de la cual se cree que también tenía planes de atacar las embajadas de Israel y de Arabia Saudita en Buenos Aires. En un informe de julio de 2012, el Departamento de Estado determinó que aunque el departamento no contaba con información convincente que indicara que agentes de Hezbolá estuvieron involucrados en “entrenamiento terrorista u otras actividades operacionales” en la zona de la Triple Frontera, Washington “manifestaba una gran preocupación de que estos grupos usaran la región para obtener fondos de simpatizantes locales”.

Pero si volvemos a 1994, mientras Rabbani y sus escuadrones orquestaban el atentado contra la AMIA, otros grupos de agentes de Hezbolá se ocupaban de recolectar dinero, realizar estafas y participar de otras actividades operacionales en otras partes del mundo. En Arabia Saudita, una red que vigilaba a objetivos estadounidenses para ejecutar otro atentado de magnitudes espectaculares. En los Estados Unidos, el FBI investigó células de Hezbolá desde Nueva York y Boston hasta Detroit y Los Ángeles. Además, se conoció un complot en Tailandia, donde el Hezbolá tenía como objetivo la embajada de Israel en Bangkok.



Impreso en los talleres gráficos Del Reino Impresores S.R.L.
www.delreinoimpresores.com